

ANÁLISIS DE LA OBRA

En el mundo creado por las obras de Bretón la mayor parte de los caminos conducen al matrimonio; otros cuantos conducen de una obra a otra, en un tránsito intertextual que algunos críticos denominan sin reparo “copia” o “repetición”.

En *Los solitarios* se llega al matrimonio, fin de fines, a través de una conjura, como haciendo “luz de gas”, pero en amable. La perspectiva creadora desde la que se encara la peripecia de la obra es eminentemente teatral. El protagonista masculino, ayudado de la criada femenina, teje una trama en la que capturar para el matrimonio, fin honesto, a la dama. Por si no quedase claro el quehacer intrigador, el autor se encarga de que los personajes lo vocean y hablen de “nuestro plan”, “mi designio”, “la tramoya”, “¿confesaré que todo ha sido una farsa?” ..., hasta la presa tiene que decirlo, y lo dice: “¡Todos se conjuran contra mí!”.

El plan en cuestión, la tramoya, o lo que diere en ser, descansa en la ficción con dos pasos de enamorar un joven a una viudita: uno, tomándola a contrapelo (manifestando desdén cuando ella espera devoción); dos, moviéndola a defensa de la opinión de las gentes. Así de simple, y se encuentra uno casado: cosas de teatro.

Bien es cierto que el autor se ha ocupado de predisponer a gusto para las nupcias el de de su heroína; y ello que la situación de partida (“locura la más tonta e inverosímil”, que dirá la criada) –esplinática y montaraz la bella– puede llevar a confusiones. No

hay nada de eso; la facilidad con que se desliza hacia el himeneo es vertiginosa; cómo lo será, que hasta la criada –siempre maleva– deja constancia de ello (“no creí que tan pronto...”).

El público –que, como ya se dijo en la introducción, es interlocutor constante en este teatro, porque el gran número de monólogos y apartes así lo quieren–, el público, decía, no queda asombrado de ello, porque ya ha visto el percal de la solitaria en la escena IX, en la que Mariana declara lo fingido e indeseado de su retiro. Claro es que se juntan el hambre con las ganas de comer, porque, en orden a motivaciones, el autor no ha dejado mancos al intrigante y a su ayudanta. El tal Antonio se revela como insigne tramoyista y, llegado el caso, actor, que todo lo finge; es también adinerado, por suerte (“a no haber tenido mi tío el de Málaga la feliz ocurrencia de morirse, nombrándome único heredero de sus pingües haciendas”), y para suerte, tanto suya –que le sirve para la seducción: “Soy rico... (bueno es que lo sepa)–, como del autor, que así puede insertar un motivo de moda en la escena del tiempo; y para rematar el tipo, un punto de atrevimiento bordeando el sexto (se semitima con la criada) y aventura pecaminosos deseos a las últimas de cambio.

No se queda atrás la criada en sus prendas. El autor –poco afecto al gremio– la quiso venal y bellacona; ella se echa tierra al ojo en su monólogo definidor (“ Si sale fallida mi esperanza, no espere que yo me pudra a su lado; que prefiero mi gachón a cuanto hay en el mundo.”)

La reminiscencia de otras obras, y eso ceñidos al teatro breve de Bretón, es ya más que evidente, tanto en los rasgos generales de la técnica –comprensible–, como en aspectos particulares. En este sentido, el escarceo sentimental amo-criada ya se dio en *El pro y el contra*, la disquisición que un personaje se hace a sí mismo con sutilezas engañosas (vid. el monólogo de Mariana, al que hemos hecho referencia) se utilizó en *Pruebas de amor conyugal*, y el avanzar expresamente y con pormenor las características del final (aquí se hace en la escena VII) también se

vio en *Mi secretario y yo*. En cuanto a la técnica general, no falta algo que ya destacaba en *Pruebas de amor conyugal*, y es el desvelar el hilo de la acción principal mediante apartes que contraponen un diálogo intrascendente o galante.

Merece punto aparte –y se lo doy– la exposición que abre la obra, porque se realiza mediante la suma de tres procedimientos (una alocución, un monólogo y el diálogo-debate usual), y porque ninguno de los tres funciona ni en sí ni en conjunto. La alocución de Mariana a unos pasiegos cantores parece hecha para burla de arcadias y otros valles amenos; el monólogo es de antología del disparate, y el diálogo-debate puede compendiarse con una referencia interna –traiciones del texto– (“¡Oh qué necia porfía!”, y apuntando una pregunta de las que se intercambian (“¿Qué es el amor?”). El conjunto es la suma de esas partes, y no hay nada más que decir.

Son de destacar, sin embargo, la utilización del recurso de la acción referida, sucedida en el espacio latente, vista desde la escena y contada en el momento (descripción de un duelo), y la despedida de la obra hecha al público. El primero, que es recurso inveterado en el teatro, destaca por su novedad en el teatro breve de Bretón, el segundo porque rompe el tópico y pasa a ser un anuncio como de la Dirección General de Espectáculos, para animar al público a dar publicidad a la obra.

Los solitarios es una “comedia-zarzuela”. En *El novio y el concierto*, se recordará, Bretón hacía hincapié, en nota a pie de página, en que se trataba más de una comedia que de una zarzuela, y ello porque las canciones estaban engastadas en la acción. Aquí no cabe duda de que también se trata más de una comedia que de una zarzuela, y ello porque se canta muy poco y porque las piezas cantábiles quedan como invitadas molestas. Hay un coro de campesinos idílicos que cantan porque es el cumpleaños de la esplinática –y cantan poco porque la enfada el canto–, y recantan porque se les exige dar el parabién: no se agotan cantando; hay, asimismo, un cantar –y breve, que se enfada ella misma–

MIGUEL ÁNGEL MURO

de la esplinática; ello después de mucho rogarle la criada (“Cante usted alguna cosa...” // “Eh, para nosostras solas”); cantan a duo los enamorados, por amor al arte (“Yo soy muy amante de las artes. La música sobre todo...”), y por amor, por la inminencia del matrimonio (aquí canta hasta la criada en una especie de tute). Y pare usted de cantar.

T E X T O

LOS SOLITARIOS
COMEDIA-ZARZUELA EN UN ACTO
MÚSICA DEL MAESTRO BASILIO BASILI

**Representada por primera vez en el teatro del Príncipe
el día 9 de enero de 1843.**

PERSONAJES

MARIANA. LUCÍA.

D. ANTONIO.

CORO DE LABRADORES DE AMBOS SEXOS.

La escena es en un cortijo a las inmediaciones de Sevilla. Sala sencillamente amueblada, en piso bajo, con vista de jardín por el foro, suponiéndose por el mismo lado, a la derecha del actor, la salida al campo, y a la izquierda de la escalera. En los bastidores de la derecha habrá una reja y en los de enfrente una puerta.

ESCENA I.
LUCÍA. EL CORO.

Lucía. [Saliendo del cuarto de la izquierda.]
Ya se ha vestido y está almorzando. Podéis cantar cuanto gustéis, aunque no respondo de que reciba con agrado vuestra felicitación, porque hoy tiene un esplín¹ de todos los diablos.

Coro.
¡Viva la rosa- galana
que honra del Betis la orilla!
¡Viva la hermosa- Mariana!
¡Viva la flor-de más valor,
viva la flor de Sevilla,
viva la flor!
¡viva la sal- tan celestial,
viva la sal de Triana,
viva la sal!

[Como a la mitad del coro sale del cuarto de la izquierda Mariana mostrando sorpresa y disgusto. Lucía habla con ella aparte, indicando con sus ademanes que explica el motivo del obsequio y ruega a Mariana que lo admita con benevolencia. Concluida la canción, cada labradora le presenta un ramo de flores.]

1. **Esplín.** 'Humor tétrico', 'melancolía', 'tedio de la vida'. Voz utilizada con frecuencia por Bretón (vid. *Muérete ¡y verás!*, *Los dos sobrinos*, *El pelo de la debesa*, *Pruebas de amor conyugal*, *Errar la vocación* y *El enemigo oculto*) y también por otros autores de la época, como Galdós (*Fortunata y Jacinta*) o Larra. Procede del inglés *spleen* 'bazo', 'esplín', y éste del griego *splên*, que tiene también la acepción de 'hipocondría': se consideraba al bazo como el centro causante de la melancolía. (DCECH, s.v.).

ESCENA II.

MARIANA. LUCÍA. EL CORO.

Mariana. Gracias, queridas mías.— Gracias también a vosotros. Más que de músicas y flores gusto yo del silencio y de la soledad; pero la buena intención os disculpa, y si no con regocijo, recibo con la más cordial gratitud esa demostración del cariño que os merezco. Pues hoy es día festivo, holgad y divertíos en buen hora, pero sea donde mi acerba melancolía no turbe vuestros sencillos placeres.

[Los labradores la saludan respetuosamente y se retiran.]

¡Adiós! *[Abriendo una cómoda y sacando dinero.]*
Toma, Lucía. Dales eso para que beban a mi salud.

ESCENA III.

MARIANA.

[Deja las flores sobre una mesa.]

¡Dichosos ellos que tienen tan feliz organización! Una guitarra, unas castañuelas y la sombra de un olmo les basta para solazarse olvidando penas y fatigas: cansada yo de teatros y saraos y banquetes, vengo a buscar en este despoblado la alegría, la salud; y las busco en vano. ¡Dios mío! Ser joven, ser rica, ser viuda, ser bella...; bella, sí, que a mí misma bien me lo puedo decir; ¡y consumirme de tristeza y morirme de fastidio!...

ESCENA IV.

MARIANA. LUCÍA.

Lucía. Ya se han ido con la música a otra parte.

Mariana. ¡Pobres gentes! Habrán sentido el desaire...

- Lucía.* Les ha consolado la propina. Vendrán a despedirse de usted, si se lo permite, antes de volver a sus hogares.
- Mariana.* Bien, pero ¡sin cantar! ¿Y quién les ha dicho que es hoy mi cumpleaños? Tú, sin duda.
- Lucía.* No, señora, pero siendo arrendadores de usted, ¿cómo era posible que lo ignorasen? Yo no tuve corazón para despedirlos, y como es tanto mi deseo de curarla a usted del esplín...
- Mariana.* Mi esplín es incurable.
- Lucía.* Aquí..., lo creo. ¡Estaba usted triste en Sevilla con tantos medios para ser feliz y con tantos amantes al retortero!...
- Mariana.* Interesados los unos, presumidos y superficiales los otros, y todos fatuos a cual más.— No me hables de ellos.
- Lucía.* Pero Sevilla es grande. Otros se hubieran presentado... Usted tiene aún pocos años, y las segundas nupcias no son..., vamos, tan urgentes como las primeras.
- Mariana.* Yo no quiero volver a casarme. ¡Una y no más!
- Lucía.* Ni yo digo que usted se case a tontas y a locas con el primero que venga; pero tal pretendiente se podría presentar... Usted se habrá formado, como todas, un tipo ideal...
- Mariana.* Y supongamos que sea cierto: ¿Qué habremos adelantado si ese tipo no gusta de mi tipo? En tales materias la iniciativa está vedada a las mujeres que estiman en algo su decoro.
- Lucía.* Pero se busca con maña las ocasiones, los encuentros... Mira una y se hace mirar... En fin, hay tretas inofensivas y coqueterías inocentes.
- Mariana.* Yo no soy, ni quiero ser coqueta.
- Lucía.* Es claro. Si lo fuera usted, no se vendría a estos andurriales huyendo de la sociedad.— Pero hartó será

que en ellos encuentre usted el tipo de que hablábamos. ¡Gañanes rústicos y soeces...!

Mariana. ¡Qué pesadez! No hay tal tipo. Yo tengo antipatía a todos los tipos.

Lucía. ¡Fatal misantropía!— Pero... gañanes dije... No son de esa calaña todos nuestros vecinos. (Probemos...) Tres días hace que habita en el cortijo de enfrente un joven desconocido...

Mariana. Sí; ayer nos encontramos, volviendo él de caza y yo de paseo. Apenas me saludó...

Lucía. ¡Qué grosería!

Mariana. Yo la aplaudo, que eso me ahorra cumplimientos enfadosos y tal vez visitas impertinentes...

Lucía. Será algún convaleciente que viene a tomar aires...

Mariana. Sea quien fuere, no me cuido de averiguarlo.

Lucía. O quizá alguno de esos filósofos que aborrecen el mundo...

Mariana. Séalo en hora buena.

Lucía. En ese caso, si llegan ustedes a tratarse, harán buenas migas.

Mariana. Al contrario; si ambos adolecemos de hipocondría, no podríamos sufrirnos el uno al otro. Más vale que no nos tratemos.

Lucía. Sí, más vale. Así como así, es feúcho y desgarbado...

Mariana. No tal; su figura no es desagradable.

Lucía. (¡Hola!...) Pues me había parecido... Verdad es que no le he mirado con atención.

Mariana. ¡Oh! yo tampoco.

Lucía. (Mudemos de conversación, no sospeche...) ¿Y en qué piensa usted pasar la mañana?

Mariana. No lo sé. Todo me cansa; el paseo, la lectura, las labores...

Lucía. Cante usted alguna cosa...

Mariana. ¿No te han dado bastante música los arrendadores?

Lucía. ¡Eh! un jaleíllo pobre... Usted canta cosas de más gusto, y con esa garganta y ese estilo...

Mariana. Vaya, no me seas lisonjera.

Lucía. ¡Señorita!...

Mariana. Cantaré... por hacer algo.

[*Se sienta al piano y pone un papel en el atril.*]

Pero ni estoy en voz, ni...

Lucía. ¡Eh! para nosotras solas... (Me corrompe ya con tantos dengues.)

Mariana. [*Canta.*]

¡Necia Laura, que presumes
de tener dos ojos bellos,
y tú sola te consumes
con sus fúlgidos destellos,
y no sabes, ¡ay dolor!
el hechizo que hay en ellos!
No, no hay vida sin amor.
¡Morir, morir es mejor!

Con el llanto descoloras,
o lo afeas si te engrías,
ese labio en que atesoras
tantas perlas y rubíes;
mas ¡qué gracia y qué primor
cuando plácida sonrías!
No, no hay vida sin amor.
¡Morir, morir es mejor!

No te mires en la fuente
que con círculos de plata
a merced de la corriente
lo que pinta desbarata:
más seguro es el pintor
que en su pecho nos retrata.
No, no hay vida sin amor.
¡Morir, morir es mejor!

- Lucía.* ¡Divinamente!
- Mariana.* [*Levantándose.*] ¡Malditamente!
- Lucía.* ¡Lástima es que no tenga mi señora un auditorio digno de ella! ¡Haber aprendido tanta música para que sólo goce de sus encantos una criada! ¡Ponerse al piano sin tener al lado un elegante que le vuelva a usted las hojas... y la devore con los ojos! ¡Concluir el aria, o lo que sea, y no saborear los bravos, los palmoteos, las sinceras felicitaciones de los galanes y los forzados cumplimientos de las damas!— Vamos, es un cargo de conciencia.
- Mariana.* Yo me hallo bien sin las insípidas lisonjas de los unos y sin la envidia de las otras.
- Lucía.* Usted dirá lo que quiera, pero yo veo...
- Mariana.* ¡Oh qué necia porfía!
- Lucía.* Si me atrevo a hacer observaciones contra el destierro que usted se impone voluntariamente, es sólo porque temo que no la cure a usted de sus pesares.— Ahora, por ejemplo, esperaba que los aliviase usted cantando, y ha sucedido al revés. ¿Qué es lo que le ha afectado a usted tanto? ¿La música, o la letra?
- Mariana.* No sé.
- Lucía.* Si mal no he oído, parecen escritos los versos contra alguna desdeñosa, y aquel estribillo...
No, no hay vida sin amor.
¡Morir, morir es mejor!
es como si dijéramos... una reconvención..., un aviso del cielo...
- Mariana.* Es una máxima impertinente y absurda. ¿Cómo he traído yo de Sevilla esa insulsa canción?
- Lucía.* Pues, con permiso de usted, no me parece que el autor anduvo muy descaminado, porque el amor...
- Mariana.* ¿Qué es el amor?

- Lucía.* Yo no sabría explicarlo muy bien, pero me parece que es cosa de gusto... sobre todo cuando es correspondido.
- Mariana.* ¡Calla profana! El amor, como yo lo comprendo, es para ti un misterio impenetrable y para mí un suplicio horroroso. Qué mortal sería digno del amor que yo soy capaz de sentir y en vano pretendería inspirar?
- Lucía.* ¿Inspirar? ¿Por qué no? Si usted quisiera...
- Mariana.* Los hombres son orgullosos, inconstantes, ingratos...
- Lucía.* De todo hay en la viña del Señor; y ya ve usted, quien no se aventura...
- Mariana.* ¡Basta!— Dame la sombrilla y la capota.
- Lucía.* ¿Va usted a dar un paseo por el jardín?
- Mariana.* [Poniéndose la capota que le da Lucía.] No; necesito respirar un aire más libre... Llegaré hasta la fuente del Alamo.
- Lucía.* ¿Quiere usted que la acompañe?
- Mariana.* Es inútil... Dame... [Toma la sombrilla.] Adiós.

ESCENA V.

LUCÍA.

Hoy está de remate.— Pero ¡señor! ¿hay locura más tonta y más inverosímil que la de esta buena señora? Yo tengo para mí que se vino al campo por dar que decir y porque su orgullo no cabía ya en la ciudad.— Juraría que a estas horas ya está más arrepentida de su viaje que de haber ofendido a Dios; pero, sin duda, por no dar su brazo a torcer... Yo leo en el fondo de su alma, y me parece que ya está en sazón para que surta nuestro plan el efecto deseado.— Veremos. Si sale fallida mi esperanza, no espere que yo me pudra a su lado; que prefiero mi gachón a cuanto hay en el mundo.— Para algo me ha dado Dios este palmito y cada una tiene su... ¡pues! su temperamento.

[Canta].

 Cuando en las flores del Paraíso
Dios soberano, ¡qué maravilla!
sacó a la hembra de una costilla
 del padre Adán,
fue, sin duda, porque quiso
que fuesen dama y galán.
*Gloria a tu nombre- y a tu poder,
Padre del cielo- que hiciste al hombre
para consuelo- de la mujer.*

 ¡Tengo una pena, tengo una murria
si estoy ausente de mi barbero!...
Él es muy tuno, mas con salero,
 y al mismo son
que trastea la bandurria
trastea mi corazón.
*Gloria a tu nombre- y a tu poder,
Padre del cielo- que hiciste al hombre
para consuelo- de la mujer.*

 Y si él me falta, venga otro tuno;
que yo me muero si estoy vacante,
y me parece que hago bastante,
 ¡lo sabe Dios!,
pues los pido uno tras uno
como otras de dos en dos.
*Gloria a tu nombre- y a tu poder,
Padre del cielo- que hiciste al hombre
para consuelo- de la mujer.*

ESCENA VI.

LUCÍA. D. ANTONIO.

Antonio. [Que ha entrado poco antes de acabar Lucía de cantar.] ¡Bien, salada!

- Lucía.* ¿Quién...? ¡Ah, señor don Antonio!
- Antonio.* ¿Sabes que tienes mucha gracia y mucho brío, Lucihuela?... ¿Sabes que estoy muy expuesto a quererte casi tanto como a tu señora?
- Lucía.* ¡Bah! no se burle usted de las pobres.— Pero ¿cómo se ha atrevido usted a entrar aquí?
- Antonio.* No tengas cuidado. Estaba en acecho. He visto salir a Mariana...
- Lucía.* Puede volver y sorprendernos...
- Antonio.* Desde esta reja la podemos ver venir; y de todos modos, hoy la he de hablar: estoy decidido.
- Lucía.* Mal hará usted, porque hoy está de muy mal temple.
- Antonio.* Si de buenas a primeras tratase yo de declararle mi amor, dirías bien; pero mi designio es muy diferente.
- Lucía.* Ya, pero ella sospechará...
- Antonio.* No lo creas. ¡Si no me conoce ni de vista!
- Lucía.* Y ¿cómo sin tratarla se ha enamorado usted de ella tan pronto?— Cuando salimos de Sevilla hacía apenas una semana que había usted llegado de Málaga...
- Antonio.* Antes de mi viaje me había ya cautivado sus ojos; pero entonces aún vestía de luto Mariana, y, por otra parte, yo no poseía bastantes bienes para aspirar a su mano sin peligro de una repulsa. Nunca me hubiera atrevido a arrostrarla a no haber tenido mi tío el de Málaga la feliz ocurrencia de morirse, nombrándome único heredero de sus pingües haciendas. Parto volando a tomar posesión de la herencia; no bien cumplido el luto de ordenanza, vuelvo a poner a los pies de la hermosa viuda mi corazón y mis olivares; pero, mientras busco una ocasión para entablar relaciones con ella, le acomete un acceso de extravagante melancolía y desaparece de la noche a la mañana. La sigo de incógnito; hallo medio de ganar tu confianza; concibo un proyecto... que merece

tu superior aprobación; me establezco tres días ha cerca del objeto de mi culto; tomo de acuerdo contigo las disposiciones necesarias, y con tu beneplácito y ayuda voy a dar principio a la tramoya.

Lucía. Mi beneplácito es lo de menos, pero sin el de mi señora es una temeridad el pisar estos umbrales. Váyase usted; yo le anunciaré cuando vuelva el ama, y así no recelará...

Antonio. Bien; así lo haremos; pero déjame respirar un momento este ambiente que ella ha perfumado con el aroma de su aliento. Déjame tener celos de esas paredes, de esos muebles, testigos insensibles de tantas gracias.— El piano abierto...¡Sus manos divinas han pulsado estas teclas!... Déjame besarlas mientras hallo una que resuene en su corazón.

Lucía. Sí; todas tenemos tecla, y aun teclas; pero la tecla está en dar con la tecla.

Antonio. Y en el atril hay un papel de música; una canción...

Lucía. No hace un cuarto de hora que la cantó, y con una expresión y una... melodía que daba gozo.

Antonio. ¿Qué me dices! Todavía estará vagando por esta sala el eco melodioso de su voz celestial.

Lucía. ¡Échele usted un galgo!

Antonio: ¡Quién fuera camaleón!

Lucía. Sí; sorba usted a ver si pilla alguna corchea trascovejada.

Antonio. ¡Libros! Veamos... [*Examinando algunos que habrá sobre una mesa.*]- *Los desterrados de la Siberia.*— *El solitario del monte salvaje.*— *Las noches lúgubres.*— *Soledades de la vida y desengaños del mundo.*— ¡Donosa biblioteca!

Lucía. Deben de ser muy divertidos esos librotos. Con solo haber oído sus títulos voy a tener pesadilla esta noche.— Pero se detiene usted demasiado... [*Mirando por la reja.*] ¡Ah! ya la veo venir... Váyase usted...

- Antonio.* ¿Por dónde? Me vería salir...
Lucía. Pues escóndase usted detrás del portón...
Antonio. Bien; doy luego un aldabonazo, y tú...
Lucía. Entiendo. Váyase usted pronto.

ESCENA VII.

LUCÍA.

Mucho me temo que espante la caza espetándola al primer saludo una declaración en regla.— Pero como él tenga chirumen², harto será que la desterrada hija de Eva no cante la palinodia.— Ya está aquí.

ESCENA VIII.

MARIANA. LUCÍA.

- Lucía.* ¿Ya de vuelta, señorita? Breve ha sido el paseo.
Mariana. Me he cansado. Hace hoy un calor insufrible. Quítame esta capota, que estoy sofocada.
Lucía. [*Quitándose la.*] ¡Pues si es tan ligerita!...
[*Suena dentro el aldabón.*]
Mariana. Creo que han llamado. Mira quién es.
Lucía. Voy al instante.

ESCENA IX.

MARIANA.

¿Será alguno de Sevilla que vendrá a verme?— No, que todo el mundo me olvida. A nadie aflige mi ausencia, y esto es lo único que me aflige a mí. No de-

2. **Chirumen.** 'Caletre', 'tino', 'inteligencia', 'discernimiento'. Esta voz es una alteración de *churumen* (del portugués *chorume* 'grasa', 'enjundia'), anteriormente *churumo* 'sustancia', 'jugo de una cosa'. Bretón la utiliza con frecuencia: en *El pelo de la dehesa*, *Me voy de Madrid*, *Un día de campo*, *El editor responsable*, *Una noche en Burgos*. *Un enemigo oculto* y *El intendiente y el comerciante*.

seo yo visitas; pero si ningún cristiano me las hace,
¿quién sabrá que no las quiero recibir?

ESCENA X.

MARIANA. LUCÍA.

- Lucía.* ¡Señorita, pásmese usted, asómbrese usted, escandalícese usted!
- Mariana.* ¿Por qué? ¿Quién ha venido?
- Lucía.* El vecino...; aquel cazarro que no mira; aquel bárbaro que no saluda..., pide permiso para ponerse a los pies de usted.
- Mariana.* ¿Es posible!...
- Lucía.* ¿Le diré que no recibe usted, que está indispuesta...
- Mariana.* Sí; dile que me dispense...
- Lucía.* [Yéndose.] ¡Malo!
- Mariana.* ¡Escucha!
- Lucía.* [Volviendo.] ¡Bueno!
- Mariana.* Ya que una, por desgracia, tiene vecinos, no puede estar mal con ellos.
- Lucía.* (Ahora la voy a dar cordelejo.) ¿Y qué le importa a usted, supuesto que tan de veras aborrece la sociedad?
- Mariana.* Conviene que él lo sepa.
- Lucía.* Pues se lo diré...
- Mariana.* No; de mi boca.
- Lucía.* ¿Y si está enamorado de usted y viene a declarar su atrevido pensamiento?
- Mariana.* Si tiene la avilantez de requerirme de amores, saldrá de aquí bien escarmentado.— Dile que entre.
- Lucía.* Bien está. [Desde el foro.] Caballero, pase usted adelante.

ESCENA XI

MARIANA. D. ANTONIO.

- Antonio.* A los pies de usted, señora.
- Mariana.* Beso a usted la mano.— Tome usted asiento.

- Antonio.* [Sentándose.] Gracias.— Usted extrañará mi visita.
- Mariana.* No tengo derecho para extrañarla mientras ignore el motivo de ella. Pero, sin duda, a título de vecino, vendrá usted a ofrecerme sus respetos...
- Antonio.* No, señora.
- Mariana.* Pues ¿qué motivo plausible me proporciona tanto honor?
- Antonio.* En dos palabras: ¿Quiere usted venderme este cortijo?
- Mariana.* No pienso deshacerme de él. (¿Qué embajada?)
- Antonio.* Lo siento mucho, señora. Pensaba establecerme aquí...
- Mariana.* ¿Por qué no trata usted de comprar el que tiene alquilado?
- Antonio.* Me gusta más el que usted habita.
- Mariana.* ¿Sí? ¿Porque yo lo habito?
- Antonio.* Al contrario: para que usted no lo habite.
- Mariana.* ¡Singular galantería!
- Antonio.* Yo no me pico de galante, señora.
- Mariana.* Pues ¿cómo...? ¿Le estorbo yo a usted acaso?
- Antonio.* Señora, yo he venido a estos campos huyendo de la sociedad, y sobre todo de la sociedad de las mujeres, y teniéndola a usted tan cerca, veo contrariado mi firme propósito de vivir en un absoluto aislamiento.
- Mariana.* ¿Es usted... misántropo, según eso?
- Antonio.* Hasta no más.
- Mariana.* Es cosa rara... Yo también lo soy...
- Antonio.* Quizá lo sea usted por capricho; yo... por convencimiento.
- Mariana.* Con todo, usted tiene una patrona...
- Antonio.* Campesina y sexagenaria. A esa edad no hay bello sexo, y semejantes gentes no pertenecen a la sociedad.— Usted... ya es otra cosa: es usted joven, según dicen...
- Mariana.* Pues ¡qué! ¿lo duda usted?
- Antonio.* De ilustre cuna y distinguida educación...
- Mariana.* Mil gracias.
- Antonio.* Me han asegurado que es usted bonita...

- Mariana.* Y, sin duda, no es usted del mismo dictamen.
- Antonio.* No he formado opinión sobre ese particular.
- Mariana.* Sin embargo, usted me habrá visto...
- Antonio.* La he visto a usted..., pero no la he mirado.
- Mariana.* (¡El hombre es original!) Ya comprendo; misántropo bisoño, teme usted caer en alguna tentación...
- Antonio.* Perdone usted...
- Mariana.* Yo tengo más confianza de mí misma; pues también dicen por ahí que es usted buen mozo...
- Antonio.* ¡Bah!
- Mariana.* Y yo le he mirado con intrepidez...
- Antonio.* ¡Pche!...
- Mariana.* Y me ha inspirado usted el mismo aborrecimiento que los demás hombres.
- Antonio.* Está usted en su derecho.
- Mariana.* Y usted no se atreve a mirarme...
- Antonio.* ¿Cómo que no? Tenga usted la bondad de alzar un poco la cabeza... Así. Míreme usted hito a hito, y a ver quién es el primero que pestañea.
- [*Se miran y permanecen algunos momentos en silencio.*]
- Mariana.* Vamos, ¿Qué tal le parezco a usted?
- Antonio.* ¡Divina!
- Mariana.* ¿Eh?...
- Antonio.* [*Reprimiéndose.*] Artísticamente hablando.— Yo soy muy amante de las artes.— La música, sobre todo...
- Mariana.* ¡Ah!...es usted filarmónico?— Yo también... ¿Se atrevería usted a cantar un dúo conmigo, señor misántropo?
- Antonio.* No gusto de piezas concertantes; porque suponen sociedad, y yo la detesto; mas para que vea usted que mi alma está hecha a prueba de dúos, vamos allá: cantemos uno..., sin ejemplar.
- Mariana.* (¡Fatuol!... ¡Cuánto daría por verle a mis pies!...) En hora buena. . . .

- [*Se levantan y van al piano.*]
Sea este, si a usted le agrada.
- Antonio.* [*Mirando el papel.*] Lo conozco.— Bien, sea este.
[*Cantan un dúo en italiano.*]
¡Buena voz! ¡Excelente escuela! Lo ha hecho usted a las mil maravillas.
- Mariana.* Ya ve usted que si me alejo del mundo, no es por falta de medios para brillar en él.
- Antonio.* Así me lo persuaden mis ojos y mis oídos...; pero...
- Mariana.* Pero... ¿qué?
- Antonio.* Pero nada me dice el corazón.
- Mariana.* Su corazón de usted no tiene sentido común.
- Antonio.* Es muy posible.
- Mariana.* Muchos que blasonaban de invulnerables se han abrasado en estos ojos.
- Antonio.* Yo estoy asegurado de incencios.
- Mariana.* ¿Conque es decir que estamos pagados?
- Antonio.* ¡Oh! no, señora. Usted dice que yo la inspiro aborrecimiento; y usted mi inspira a mí...
- Mariana.* Una amistad sencilla y desinteresada...; compasión tal vez...
- Antonio.* Nada de eso. Me inspira usted la más respetuosa... indiferencia.
- Mariana.* ¡Caballero! Eso ya pasa de grosería...
- Antonio.* ¡Señora!... (¡Ah! no sé cómo no me arrojo a sus pies...) Cada misantropía tiene su genio; y pues yo respeto la de usted, justo será que usted tolere la mía.
- Mariana.* Pero si me mira usted con tanta indiferencia, ¿qué le importa mi vecindad?
- Antonio.* Ya he dicho que yo soy incombustible, pero los que sepan que vivimos el uno tan cerca del otro supondrán que nuestra misantropía es valor entendido...
- Mariana.* ¡Tiene usted razón!
- Antonio.* Y que los dos hemos formado en secreto una especie de compañía de seguros mutuos... ¿Eh?

- Mariana.* Pues ¿por qué ha venido usted aquí a turbar mi reposo?
- Antonio.* ¿Hubiera yo venido, a saber que iba a tener tan peligrosa vecina?
- Mariana.* ¡Ah! ¿Soy peligrosa!
- Antonio.* Lo digo por el qué dirán; que por lo demás...
- Mariana.* (¡Hum!... Me desespera este hombre.)
- Antonio.* Conque, ya ve usted que es preciso separarnos.
- Mariana.* Sí, señor; inmediatamente.
- Antonio.* Pues vaya; véndame usted el cortijo y accesorios. Soy rico... (bueno es que lo sepa) y no repararé en el precio.
- Mariana.* ¿Y he de enajenar mi finca sólo por darle a usted gusto?
- Antonio.* Pues si usted no me complace, la maldeciré.
- Mariana.* Tengo mejor. Prefiero la maldición de usted a su...
- Antonio.* ¿A mi indiferencia?
- Mariana.* Sí, se... ¡No, señor! Aun me hará usted decir algún disparate.— Váyase usted y déjeme en paz.
- Antonio.* Sí, señora, me iré, pero muy lejos: a las Batuecas, a la Tebaida, a los infiernos...

ESCENA XII.

MARIANA. D. ANTONIO. LUCÍA.

- Lucía.* Caballero...
- Antonio.* ¿Qué hay?
- Lucía.* Un joven recién llegado de Sevilla pregunta por usted.— ¿No se llama usted don Antonio Sandoval?
- Antonio.* Ese es mi nombre.— ¿Y qué especie de mueble...?
- Lucía.* Un caballero muy elegante...
- Antonio.* Ya han descubierto mi madriguera. ¡No me dejarán vivir en libertad! No quiero verle. No quiero ver a nadie. Hágame usted el favor de decirle que no me ha encontrado...; que he muerto.

- Mariana.* Yo no quiero que mis criados mientan. Si ese hombre sabe que está usted en mi casa, hará comentarios perjudiciales a mi estimación.
- Antonio.* Pues bien, iré..., pero a echarle con cajas destempladas.— ¡Adios, señora! ¡Hasta el valle de Josafat!

ESCENA XIII.

MARIANA. LUCÍA.

- Mariana.* ¡Jesús qué hombre, Jesús! No en vano los abomino yo a todos.
- Lucía.* ¿Salió lo que yo recelaba? ¿Ha tenido la osadía de requebrar a usted..., de solicitarla?...
- Mariana.* Al contrario, es un esplinático incurable, un hombre sin corazón; un idiota.
- Lucía.* ¿Sí? Pues doy a usted mi parabién. Van ustedes a simpatizar mucho los dos.
- Mariana.* ¿Cómo, si él no me quiere ver y yo no le puedo sufrir?
- Lucía.* Simpatizarán ustedes a fuerza de antipatía.
- Mariana.* ¡Ni aún así! Ese monstruo no me juzga siquiera digna de su odio: sólo merezco su indiferencia.
- Lucía.* ¡Es posible...!
- Mariana.* ¡Él mismo me lo ha dicho!
- Lucía.* Pues páguele usted en la misma moneda, y Cristo con todos.
- Mariana.* ¡Qué rabia! ¡qué bochorno!... ¿Habré perdido ya todo mi prestigio? ¿Me habré puesto fea..., me habré vuelto ordinaria con los aires del campo?
- Lucía.* No por cierto; nunca me ha parecido usted tan linda y tan apetitosa.
- Mariana.* ¡Linda! Pues ese hombre insensible ni para vecina me quiere. ¿Crearás que ha venido a proponerme que le venda este cortijo, sólo por tener el estragado gusto de no verme? ¡Apetitosa! Pues ese hombre... inape-

- tente hace ascos de mí. ¿Crearás que nos hemos estado mirando cara a cara por espacio de cinco minutos, y no ha suspirado, ni ha sonreído, ni ha mudado de color? ¿Crearás que mis ojos han sucumbido a la audacia... negativa de los suyos?— ¿Crearás que hemos cantado un dúo, y ¡ni por esas!
- Lucía.* ¡Alma empedernida!
- Mariana.* ¡Lo sabrá el mundo y dirán que mi viaje no ha tenido por objeto un retiro espontáneo, sino una jubilación forzosa!
- Lucía.* [*Mirando por la reja.*] Allí está con el recién venido. Hablan los dos, al parecer, con mucho acaloramiento.
- Mariana.* ¡Qué dices! [*Mira también por la reja.*] Sí, alguna reyerta..., y grave! La cólera se pinta en sus rostros, en sus ademanes...
- Lucía.* Ahora se dirigen al bosque...
- Mariana.* ¡Ah qué mirada tan siniestra!... Yo estoy sobresaltada...
- Lucía.* Un duelo tal vez...
- Mariana.* No hay duda. ¡Se van a matar!
- Lucía.* Mejor. Si él sucumbe, quedará usted vengada de su grosero desdén.
- Mariana.* No, que el triunfo no será mío, sino de su adversario; y yo quiero su humillación; no su muerte.
- Lucía.* Pero usted no es responsable...
- Mariana.* Sin embargo, me juzgarían cómplice... Evitemos, si es posible, una desgracia. Síguelos, Lucía...
- Lucía.* Pero, señora... (Ya es nuestra.)
- Mariana.* Corre; ¡no te detengas!

ESCENA XIV.

MARIANA.

¡Ah, Dios mío! Llegará tarde... Ahora conozco que no aborrezco a ese hombre como yo creía.— ¿Y por qué ha de ser tanto mi orgullo que acrimine su de-

samor, yo que hago profesión de no querer a nadie?—
¡Oh! bien merezco esta mortificación por haber faltado al mandamiento de la ley de Dios que nos ordena amar al prójimo como a nosotros mismos. [*Asomándose.*] Nada se ve... ¡Funesta soledad! Nada se oye... ¡Horrible silencio! [*Volviendo al proscenio.*] Alguno de mis amantes desdeñados, creyendo que don Antonio es el preferido, habrá venido a desafiarme, y el infeliz..., sin comerlo ni beberlo...

[*Suenan dos tiros.*]

¡Ah! ¡Oh!... ¡Esto es hecho! Se ha consumado el atroz combate.— ¿Cuál de los dos habrá sido víctima? ¡Santo Dios! ¿Es esta la tranquilidad, son estos los goces sencillos y apacibles que yo vine a buscar lejos de Sevilla? ¡Un lance sangriento casi a las puertas de mi casa!... ¡Ah, Lucía!

ESCENA XV.

MARIANA. LUCÍA.

- Lucía.* ¡Ah, señora! Estoy que me pueden ahogar con un cabello.— ¿Ha oído usted los tiros?
- Mariana.* ¡Oh! sí. ¡Maldición al inventor de la pólvora!
- Lucía.* Un fraile creo que fue... ¡Ay Dios mío, Dios mío!...
- Mariana.* ¿Y qué ha sido...? ¿Qué has visto? Dime... ¡Habla!
- Lucía.* ¡Ay!... Uno cayó.
- Mariana.* ¡Virgen Santa!
- Lucía.* Otro huye.
- Mariana.* Pero... ¡yo tiemblo! ¿quién es el muerto? ¿quién es el fugitivo?
- Lucía.* No he podido distinguir... El ramaje los cubría..., y mi sobresalto...
- Mariana.* No hay duda; el pobre don Antonio... Sí, él... ¡Ya es cadáver! El corazón me lo dice...

- Lucía.* ¡Señora!... Se va a desmayar... [*Acude a sostenerla.*]
Mariana. Y me dice que... a mi pesar... yo le amaba... ¡Ah!...
[*Se desmaya en los brazos de Lucía.*]
Lucía. ¿No lo dije? ¡Pobrecita! ¡Miren si el amigo le entró por el ojo derecho!... Pero no creí que tan pronto... [*Mirando hacia el foro.*] ¡Ah! Corra usted...

[*Don Antonio llega corriendo y sin sombrero por la parte del jardín.*]

ESCENA XVI.

MARIANA. LUCÍA. D. ANTONIO.

- Antonio.* ¿Qué veo! ¡Desmayada!
Lucía. ¡Y de veras!— Prepáreme usted las albricias.
Antonio. ¡Cómo!...
Lucía. Le ama a usted.
Antonio. ¿Será cierto? ¡Oh ventura!
Lucía. Ya, pero si con el susto se nos muere... Iré a buscar alguna esencia... Mientras tanto, ahí le endoso a usted la dulce carga...
Antonio. ¡Oh! dame... ¡Vuela!

[*Lucía pone a Mariana en brazos de D. Antonio y vase corriendo por la puerta de la izquierda.*]

ESCENA XVII.

MARIANA. D. ANTONIO.

- Antonio.* La tengo en mis brazos... ¡Oh inefable delicia!— Pero en esta situación... ¡Señora!... ¡Bien mío!... Me parece que respira..., y no sé si me alegre o lo sienta..., porque, ¡ay!..., esto es estar en el cielo. ¡Qué talle! ¡qué formas!... ¡Ay! si me atreviera...
Mariana. [*Volviendo en sí.*] ¿Dónde estoy?... ¿Quién?... ¿Qué es esto? [*Separándose*] ¡Usted!... ¡Ah, vive usted!

- Antonio.* Señora, tengo que pedir a usted dos perdones; primero, por haber quebrantado mi juramento de no volver a esta casa; segundo, por haberla tenido a usted en mis indignos brazos.
- Mariana.* Caballero, hay circunstancias que pueden excusar...

ESCENA XVIII.

MARIANA. LUCÍA. D. ANTONIO.

- Lucía* [Con un pomito en la mano.] No encontraba... ¡Ah! Gracias a Dios que ya no es necesario... ¿Cómo se siente usted, señorita?
- Mariana.* Bien; ya se me ha pasado...
- Lucía* ¿Quiere usted agua...
- Mariana.* Es inútil...
- Lucía* (Y mi presencia también.) Pues con permiso de usted... (Remacharemos el clavo.) [Deja el pomito sobre la mesa y vase por la derecha del foro.]

ESCENA XIX.

MARIANA. D. ANTONIO.

- Antonio.* Necesito, pues, sincerar mi conducta. Yo, señora...
- Mariana.* No se moleste usted. Yo no soy su juez... (¡No está herido!).
- Antonio.* Si miro con aversión las miserias de una sociedad perniciosa y corrompida, no por eso he renunciado todavía a los deberes de caballero. Mientras el botarate que ha venido a visitarme, con el vano intento de restituirme al bullicio mundano, se ha limitado a censurar mi determinación, he podido oír sin enojo sus necias bufonadas; pero cuando se ha propasado a ridiculizar a usted...
- Mariana.* ¡A mí!
- Antonio.* Sí, señora; ha calificado con el odioso nombre de hipocresía esa santa abnegación de que usted se en-

- vanece, y ha llevado la temeridad de su juicio hasta el extremo de atribuirnos relaciones amorosas...
- Mariana.* ¡Qué osadía!— Pero no lo extraño. A veces engañan las apariencias... Somos jóvenes...; somos vecinos...
- Antonio.* ¡Relaciones entre nosotros, cuando quisiéramos hallarnos tan distantes como los polos del mundo; cuando usted me aborrecé de muerte...
- Mariana.* Ya... no tanto. El interés que acaba usted de tomarse por mí...
- Antonio.* Interés... sin interés. No vaya usted a creer ahora que vengo a pedir recompensa...
- Mariana.* Y aunque así fuera..., yo no me admiraría...
- Antonio.* A semejante calumnia no había más que una respuesta. Allí queda bañado en su sangre el infame detractor.
- Mariana.* ¡Dios piadoso! ¡Una muerte...!
- Antonio.* Consumado el crimen, no han podido mis ojos soportar tan cruento espectáculo, y huyendo desatentado, como otro Caín, veo una verja abierta, corro sin saber por dónde...
- Mariana.* No seré yo tan inhumana ni tan desagradecida que niegue a usted un asilo en tan críticas circunstancias...
- Antonio.* En cuanto a habérsele yo dado a usted entre mis brazos, ya ve usted que yo no podía prever ni evitar... Pero no me remuerde la conciencia de la más leve profanación. ¡Oh! ni me ha pasado por la idea...
- Mariana.* Gracias...(¡Válgate Dios..., ni siquiera de pensamiento!)
- Antonio.* Ahora, si usted me da su permiso...
- Mariana.* ¿Adónde va usted, desgraciado? ¿No ve usted que se expone...?
- Antonio.* ¿Y por no arriesgar mi inútil vida seré tan egoísta, tan villano que comprometa a usted...
- Mariana.* ¡Harto comprometida estoy ya!
- Antonio.* ¡A usted, que me detesta...
- Mariana.* No, señor... Digo... ¡Jesús!
- [*Entra Lucía con dos cartas en la mano.*]

ESCENA XX.

MARIANA. LUCÍA. D. ANTONIO.

- Lucía* Tranquilícense ustedes. Traigo buenas noticias.
Mariana. ¿Cuáles?...
Antonio. ¿Cómo?...
Lucía Su enemigo de usted no ha muerto. La herida es leve, y en el mismo coche que le condujo se vuelve a Sevilla mohíno y escarmentado.
Mariana. ¡Ah! gracias al cielo; que era mucho conflicto... Pero esos papeles...
Lucía Son cartas para usted. Me las acaba de entregar un pasajero.
Mariana. Dámelas.[*Las toma.*]
Antonio. Ahora ya es ociosa mi presencia.— Adios, señora.
Mariana. (¡Tan pronto!) Vaya usted con Dios. (No me atrevo...)
Lucía ¡Eh! ¿Y el sombrero? ¿Adónde va usted de ese modo?
Antonio. ¡Ah! Sí; en el bosque... No importa...
Lucía Yo iré a buscarlo. Espere usted un poco, que aquí no nos comemos a las gentes.
Mariana. No es decoroso para mí ni para usted que le vean salir así de mi casa. Anda a buscar el sombrero, Lucía.

ESCENA XXI.

MARIANA. D. ANTONIO.

- Antonio.* Bien está, señora: esperaré.
Mariana. Y yo, si usted me lo permite, leeré estas cartas.
Antonio. Es usted muy dueña...
[*Mariana abre y lee para sí las dos cartas. Entre tanto, pasea D. Antonio y observa.*]
(¡Animo! Esto va bien.)
Mariana. (¡Cielos!...)
Antonio. (Quiera Dios que en el momento crítico no me abandone mi serenidad.)
Mariana. (¿Es posible!...)

- Antonio.* (Parece que hace efecto la píldora.)
- Mariana.* [*Estrujando la carta que acaba de leer.*] ¿Se ha visto maldad semejante?— Veamos la otra...
- Antonio.* (¡Cuánto padece la pobrecilla!...Casi estoy ya arrepentido...)
- Mariana.* Por el mismo estilo... ¡Oh iniquidad!... ¡oh vileza!...
- Antonio.* (¡Otra banderilla!)
- Mariana.* ¡Infames! ¡infames!
- Antonio.* ¿Qué es eso, señora? ¿Se pone usted mala otra vez?
- Mariana.* Estoy furiosa; estoy desesperada. [*Rompiendo las cartas.*] ¡Canalla ruin! ¡traidores! ¡verdugos!...
- Antonio.* ¡Rompe usted las cartas!
- Mariana.* ¡Oh quién pudiera despedazar del mismo modo a sus autores!
- Antonio.* Pero ¿quién las firma?...
- Mariana.* Son anónimas.— Se burlan indignamente de mí. Hacen las mismas suposiciones que el deslenguado a quien acaba usted de castigar. ¡Yo gazmoña y embustera, santo Dios! ¡Yo amores clandestinos!
- Antonio.* ¿Eso dicen? ¡Qué injusticia! ¡qué arbitrariedad!
- Mariana.* Y ya van tres... ¡Y la calumnia cundirá por toda la ciudad!...
- Antonio.* ¡Qué insigne felonía! Es usted digna de compasión.
- Mariana.* ¿Sí? Pues usted también, porque el amante que me achacan... es usted.
- Antonio.* ¿Yo! ¡Qué absurdo!
- Mariana.* ¿Absurdo? ¡Vaya, que es mucha...! ¿De parte de quién- estaría el absurdo?
- Antonio.* De la de usted sin duda. ¿Cómo habría usted de poner sus ojos en un hombre tan execrable..., tan vitando...
- Mariana.* ¡Oh!... Es que ya lo va usted siendo de veras.
- Lucía.* [*Dentro gritando.*] No hay tal cosa. Miente quien lo diga.
- Mariana.* ¿Qué es esto? ¿Con quién está riñendo aquella loca?
- Lucía.* Eso es una atrocidad.

Mariana. ¡Lucía!
Lucía. ¡Atrevidos! ¡insolentes!

ESCENA XXII

MARIANA. D. ANTONIO. LUCÍA.

Mariana. ¿Por qué gritas, muchacha? ¿Qué ha sucedido?
Lucía. [Dando a D. Antonio el sombrero.] ¡Ahí es un grano de anís! Volvían los arrendadores a despedirse de usted; esa reja estaba abierta; yacía usted desmayada en brazos de este caballero; acierta a mirar uno de los labriegos: atisba el interesante grupo; lo supone formado por el amor; comunica a los demás sus maliciosas observaciones; hacen corrillo; uno se santigua, otro suelta una pulla, otro una risotada, y deciden por unanimidad que el señor bebe los vientos por usted y que usted se muere por sus pedazos.

Mariana. Todos se conjuran contra mí. ¿Hay mujer más desventurada?

Antonio. ¡Qué perversidad! ¡qué escándalo! Bien digo yo que el mundo...

Lucía. Uno de ellos ha tenido la desvergüenza de decirme sobre el particular cuatro chafalditas; se me ha irritado la bilis, y los he puesto a todos de ropa de pascua.

Mariana. ¡Soy el ludibrio de todo el mundo! ¡Fatalidad!... Esto me va a costar la vida.

Antonio. (¿Confesaré que todo ha sido farsa?... No; hasta que estemos casados...) ¿Morirse por eso? No; mejor es imponer silencio a todos, ciudadanos y campesinos; y yo lo tomo a mi cargo. ¡Palo en estos, pistoletazo en aquellos...!

Mariana. Pero el remedio es peor que la enfermedad. (¡Y no le ocurrirá el único posible...!; el que anhela ya mi corazón!...) ¿Qué puede hacer un hombre solo contra tantos enemigos?

- Antonio.* Poca cosa; pero al menos tendrá el gusto de morir matando.
- Mariana.* ¡Y yo, infeliz de mí!, ¿y yo?
- Antonio.* No queda pues otro arbitrio que el de una separación eterna.
- Mariana.* ¡Lindo expediente! ¿Dejará por eso de quedar mi opinión en lenguas...?
- Antonio.* ¡Y la mía!, que yo también tengo que perder.
- Lucía.* (¡Angelito!)
- Antonio.* Además..., lo digo con rubor, señora, pero confieso... que ya no me es dado mirar a usted con indiferencia.
- Mariana.* (¡Ah! Esto ya es algo.)
- Antonio.* La veo a usted padecer por mi causa; yo padezco por la de usted..., y la desgracia nos une si la filosofía nos separa.
- Lucía.* Está visto que hasta la misantropía necesita cómplices y la soledad... compañía. Será, pues, necesario que formen ustedes los dos una alianza ofensiva y defensiva.
- Antonio.* Sí; pero, ¿de qué modo? ¿Cómo resolver este problema?
- Mariana.* (¡Aún lo pregunta!)
- Lucía.* Es muy sencillo. Cásense ustedes y estamos del otro lado.
- Mariana.* Don Antonio ha puesto en peligro su vida por defender mi honra; y la gratitud...
- Antonio.* Esta señora ha puesto en contingencia su honra por amparar mi vida; y la gratitud...
- Mariana.* Pero renunciar a mi dulce independencia...
- Antonio.* Pero privarme de la delicia de vivir en soledad...
- Lucía.* Hagan ustedes una masa común con las dos soledades y las dos independencias, y siendo idéntico el capital, no se deberán ustedes nada el uno al otro.

Antonio. Efectivamente, siendo mi señora doña Mariana y yo dos solitarios distintos, formaríamos una soledad verdadera.

Mariana. Pero a mí me quedaría el escozor de haber contraído segundas nupcias; no por obra del amor, sino por la fuerza de las circunstancias.

Antonio. Supuesto que hemos hallado medio de conciliar el amor con la misantropía, no negaré que al verla a usted en mis brazos sentí cierto deleite celestial...

Mariana. Yo debo confesar también que al recobrar mi razón no me pesó de verme en ellos.

Lucía. Sacamos en limpio que ambos aborrecen ustedes al mundo, pero que mutuamente... ¿Eh? se quieren como unos tontos, y que esta mano... [*Toma la de don Antonio.*] y esta otra... [*Toma la de Mariana.*] tienen comecón de verse juntas. [*Las une.*]

Antonio. ¡Ay, Mariana!

Mariana. ¡Ay, Antonio!

Antonio. ¡Ay, solitaria de mi vida!

Mariana. ¡Ay, misántropo de mi corazón!

[*Cantan.*]

Lucía. Si aun la corneja
y el triste búho
con su pareja
viven a *dúo*,
necio es el hombre
a quien asombre
la sociedad
de la mujer, que es su mitad.
Así juntitos
los pobrecitos...
Así se aguanta,
así no espanta
la soledad.
que es la mayor felicidad.

- Antonio.* Mi alma se alegra
cuando a la mía
unes tu negra
melancolía.
¡Odio profundo,
odio a ese mundo
de iniquidad!
Huyamos, ¡ay! de la ciudad.
Sí, dueño amado;
sí, sí, que al lado
de fiel esposa
es deliciosa
la soledad;
es la mayor felicidad.
- Mariana.* ¡Oh qué placeres
en dulce calma
gozan dos seres
con sola un alma!
Y así cumplimos
lo que ofrecimos;
que en realidad
somos los dos una entidad.
Y entre los lazos
de nuestros brazos
con mil extremos
bendeciremos
la soledad;
que no hay mayor felicidad.
- Antonio.* Y yo, contigo...
- Mariana.* Y tú conmigo...
- Lucía.* Y usted con ella....
- A tres.* ¡Será tan bella
la soledad!...
- No, no hay mayor felicidad.*
- Antonio.* ¿Y dónde celebraremos la boda, hermosa mía?

- Mariana.* ¡Oh! ¿Quién pregunta esa? Aquí; en esta soledad, desde hoy llena de encantos para mí.
- Lucía.* No lo apruebo. Es preciso que Sevilla la vea a usted casada, y que los viles calumniadores se convenzan de que es marido el que juzgaban cortejo.
- Mariana.* Tiene razón.
- Antonio.* Dice bien.
- Lucía.* Y esos palurdos..., es menester que caigan pronto de su asno. Voy a decirles la verdad...
- Antonio.* Sí; y que vengan a cantarnos el parabién en vez de levantarnos un caramillo.

ESCENA XXIII.

MARIANA. D. ANTONIO.

- Antonio.* Sí, solitaria de mis ojos; desafiemos por última vez a esa sociedad raquítica y depravada, y volvamos luego a maldecirla en este plácido retiro.
- Mariana.* Es inútil, querido Antonio. El amor me ha curado de mis melancolías, y tú me has reconciliado con los hombres.

ESCENA ÚLTIMA.

MARIANA. D. ANTONIO. LUCÍA. EL CORO.

¡Qué garbo de señorito!
¡Qué viuda tan macarena!
Cayeron en el garlito³...
¡Que sea muy norabuena!
¡Gracias a Dios,
que ambos a dos saldréis de pena

3. **Garlito.** 'Celada'; **coger (o caer) a uno en el garlito**, 'sorprenderle en una acción que quería hacer ocultamente' (*DRAE*, fig. y fam.); también en *Una de tantas* y *Aviso a las coquetas*.

cuando os caséis ambos a dos,
vos con la viuda y ella con vos!
¡Gracias a Dios!

Lucía. [Al público.]
Ahora..., si os gusta la pieza
de que habéis sido testigos,
decid a vuestros amigos
que sacudan la pereza...

Mariana. Y cesará la tristeza
que me trajo a estos barrancos...

Antonio. Porque, si hemos de ser francos,
yo y mi querida mitad
amamos la soledad...
pero no la de esos bancos.

